

Tambien dentro de París tomaba la situacion un aspecto amenazador hasta lo sumo. Segun se ha visto, Napoleon envió á la regente María Luisa el tratado propuesto por los plenipotenciarios en Chatillon, y lisonjeóse de que por lo deshonroso indignaria á todo el que sintiera correr sangre en las venas. Efectivamente, reunido el consejo ante María Luisa y José el 4 de marzo, se les comunicaron todos los documentos de las negociaciones. Napoleon, que tanto habia alterado la verdad respecto de las de Praga y aun respecto de las de Francfort, ahora se determinó á revelarla por entero, con la esperanza de que sublevaria los corazones. ¡Ah, que no hizo mas que consternarlos, enervados como se hallaban por consecuencia de un largo despotismo! Entre los personajes que componian este consejo, se contaban excelentes ciudadanos y hombres de bien, pero tenian tanto miedo de desagradar á Napoleon, aconsejándole la paz inmediata, como al público aconsejándole la continuacion de la guerra. Así recibieron con cierta especie de zozobra la invitacion para deliberar sobre tan grave asunto. A la lectura de los documentos remitidos sucedió un silencio de sorpresa y de espanto en este consejo, al cual asistian, además de la emperatriz y de José, los grandes dignatarios, los ministros y algunos presidentes del consejo de Esta-

estas negociaciones, ha referido en Memorias llenas de ingenio, y aun inéditas, su mision al campo de los aliados. Habiéndolas tenido á la vista por condescendencia del depositario, estoy seguro de la fidelidad de mi relato, y mas por haber cotejado el testimonio de Mr. de Vitrolles con el de otros principales personajes del tiempo, y deducido mi narracion de este juicio comparativo.

do. Despues, José que presidia, mediante una interpelacion directa obligó á cada cual á romper silencio tan reparable, y los veinte miembros presentes balucieron su dictámen en un lenguaje embarazoso, y con el laconismo, no de la energía, sino de la flaqueza. Segun estos diversos opinantes, se resentia de desconsolador el tratado propuesto; y aun al decir de algunos, que llamaron las cosas por sus nombres, era una capitulacion á todas luces. Se debia esperar en su concepto que, despues de consumir tantos prodigios, aun operaria el genio del emperador el de repeler al enemigo por vez postrera y arrancarle condiciones mas aceptables. No se conocia la situacion á pesar de todo, solamente Napoleon estaba al cabo de ella, y podia juzgarla y emitir un parecer luminoso (lo cual era muy verdad, gracias á la forma de gobierno); pero, si la situacion era tan desesperada como se decia, y semejaba serlo á juzgar por las apariencias de las cosas, ¿no valdria mas tratar sobre el pie de las fronteras antiguas que ver dentro de París al extranjero? No se podia prescindir de que si el extranjero entraba en la capital, no respetaria la dinastia gloriosa, bajo la cual tenian la fortuna de vivir los franceses, ó intentaria un trastorno interior, que se necesitaba evitar á toda costa. Sin duda la pérdida de Bélgica era muy sensible, pero valia mas perder la Bélgica que la Francia y especialmente el trono. Además, Francia, en suma, tal como habia sido bajo Luis XIV, con su emperador á la cabeza, siempre seria grande, porque su grandeza no se cifraba en tener de mas una ó dos provincias. Harto habia desplegado Napoleon el genio de la guerra, y seria muy de desear que tu-

viera tiempo de acreditar asimismo el genio de la paz, y que lograra dar al país tanta felicidad como le había dado gloria. Entonces, repuesta Francia de su agotamiento muy en breve, hallaría ocasión de recuperar lo que la violencia del extranjero le arrebatara ahora. Pero estos hombres avasallados, ardientemente deseosos de la paz sin atreverse a decirlo siquiera, repetían que en todo caso, si su magestad imperial, única persona que poseía el secreto de los negocios, y por lo tanto la sola capaz de fallar con conocimiento de causa, se inclinaba á aceptar las antiguas fronteras mas bien que á correr nuevos azares, el consejo opinaba que el honor del emperador lo permitía del todo, porque su verdadero honor consistía en el interés de Francia, y el interés de Francia consistía en la paz inmediata.

Verdaderamente la paz constituía el interés de Francia, pero ya lo constituía uno, dos y aun seis años antes, y así conviniera decirlo entonces. Ahora en la continuación de la guerra solo peligraba la dinastía, porque de seguro la Francia no quedaría mas pequeña ni mas desnuda de influjo de lo que anhelaban los plenipotenciarios de Chatillon, si tornaban á reinar los Borbones; y aun de fijo en el afán que se ponía por debilitarla, el temor á Napoleon entraba por no poco, y con los Borbones se aspiraría á reducir su poder natural y secular mucho menos. Siendo tal la faz de las cosas, no había gran peligro en aventurar aun algunas batallas, para lograr acaso una transacción entre las antiguas y las nuevas fronteras, para conservar á Maguncia sacrificando á Amberes. Solo un hombre, y hay que mencionarle, Mr. de Cessac,

votó porque las proposiciones de Chatillon no fueran suscritas. Por lo demás, entre los miembros del consejo de regencia, hubo hasta en este supremo instante competencia de sumisión inaudita. Con tono de alguna mas arrogancia decían los mas atrevidos las mismas bajezas.—¡La paz, la guerra, lo que al emperador le plazca!—Tal era su único voto, aunque no sin revelar que, si por casualidad prefería el emperador la paz, así la deseaban todos muy de veras (1).

Siempre había manifestado Napoleon extremo desden hacia las reuniones numerosas donde se debía tratar de guerra ó de política, por hallar efectivamente á los hombres tales como los había formado el despotismo, los mas con escasa opinion propia, solamente algunos capaces de formársela de hecho, y entre estos últimos, los unos investigando el pensamiento del soberano para formular en consonancia el suyo, y los otros contradiciendo por mal carácter ó por descontento. Si Napoleon hubiera podido asistir á este consejo, sin duda corroborara su sentir de plano, al tocar las consecuencias del régimen bajo el cual había hecho sucumbir á Francia, y bajo el cual iba á sucumbir en persona. A mayor abundamiento, su desencanto fuera profundo, pues habiendo querido provocar una explosión de indignación patriótica, se le enviaba, por el contrario, una humilde y trémula súplica á favor de la paz escrita entre dos miedos; miedo á su persona y miedo al enemigo.

(1) Se conserva el acta de este consejo con el dictamen de cada uno; y si alguna vez se publica, se verá que no exajeramos nada.

Pero de esta humildad, manifestada delante de su esposa, delante de su hermano y de su fiel archicanciller Cambacères, se despojaban lejos de la presencia de estos imponentes testigos, y donde quiera usaban un lenguaje muy diferente. De la sumision se pasaba á un verdadero furor contra su pertinacia.—*¡Este hombre está loco!*—Tal era la frase que se oía de todos los labios.—A todos nos hará matar; decían gentes que jamás habian asomado por un campo de batalla.—Entre los hombres particularmente adictos á José, que por lo general eran empleados militares ó civiles, que habian ido á Madrid á buscar el favor de que no gozaban en París, se empezaba á insinuar que urgía poner en manos de José el poder de salvar á Francia. Estos amigos de José, muy maltratados por Napoleon, que les acusaba de ser causa de nuestras desdichas en España, le pagaban sus malos tratamientos con especies perjudiciales, y decían que se necesitaba constituir una regencia, presidida por José, con quien de seguro trataria Europa de mejor grado que con Napoleon. Asi pretendian lograr una manera hábil de desembarazarse del orgullo de los soberanos aliados y del de Napoleon mismo, y de sacar á Francia de manos de un genio solamente idóneo para la guerra, con el fin de entregarla á manos de un genio esencialmente propenso á la paz. Esto equivalia simplemente á hacer abdicar á Napoleon en provecho de José. Asi no se atrevian á usar de este lenguaje sino los mas temerarios, es decir, los mas descontentos. Aquellos que se limitaban á desear que se pusiera pronto fin á la guerra, sin ocurrirles llevar la mano sobre el trono, se contentaban con decir

que en respuesta á la consulta provocada por Napoleon, conviniera enviarle un mensaje solicitando la paz en términos formales.

A tal punto llegaron las cosas que, entrando José en el designio de los que deseaban facilitar á su hermano la paz mediante una manifestacion nada hostil, ideó consultar á Mr. Meneval, cuya fidelidad era inalterable, y encargóle escribir al cuartel general, para saber si convendria á Napoleon un paso en el sentido de la paz, y bajo qué forma preferiria que se diese. Mr. Meneval declaró que ante todo escribiria al emperador lo pasado, y despues escucharia las palabras á que le fuera lícito dar oídos. De resultas escribió á Napoleon al punto con la reserva delicada, que sabia unir á una ingenuidad perfecta.

Al llegar Napoleon á Reims halló la carta de Mr. Meneval, y otras muchas que daban idea de semejante estado de cosas. Merced á su sagacidad admirable, que la desconfianza agujoneaba sin ofuscarla, lo adivinó todo, y aun de pronto exajeróse algo lo adivinado sin duda. Sobre todo, mostróse descontento de que el duque de Rovigo, por no comprometer á nadie, ó por no dar gran importancia á las especies que se hacian cundir en torno de José, no le comunicara sobre lo acontecido cosa alguna. Con aquella prontitud y aquella falta de miramiento, que á menudo caracterizaban su conducta, escribió al duque de Rovigo la carta siguiente, que no revelaria mas que un triste despotismo, y ni aun mereceria ser citada, si al propio tiempo no pusiera de relieve una inflexibilidad de carácter extraordinaria hasta lo sumo en circunstancias tan azarosas.

«Al Ministro de Policía.

»Reims 14 de marzo de 1814.

»Nada sabeis de lo que en París acontece. Se
 »trata de mensaje, de regencia, y de otras mil in-
 »trigas tan vulgares como absurdas, que solo pue-
 »den caber en la mente de imbéciles á semejanza
 »de Miot. Esas gentes ignoran que yo corto el nu-
 »do gordiano como Alejandro. No olviden que soy
 »el mismo hombre que en Wagram y en Auster-
 »litz; que no quiero que haya ninguna intriga en
 »el Estado; que no existe mas autoridad que la
 »mia, y que para casos apurados nadie mas que
 »la regente posee exclusivamente mi confianza.
 »El rey (José) es débil y se deja llevar á intrigas,
 »que podrian ser funestas al Estado, y, sobre todo,
 »á su persona y á sus consejeros, si no vuelve al
 »camino derecho de seguida. Me disgusta saber to-
 »das estas cosas por otro conducto que el vues-
 »tro... Tened entendido que, si se hubiera formu-
 »lado un mensaje contrario á la autoridad, al pun-
 »to decretara yo la prision del rey, de mis minis-
 »tros y de cuantos lo hubieran firmado.—Se adula
 »á la guardia nacional, se adula á París, por debi-
 »lidad y por falta de conocimiento del país. No
 »quiero tribunos del pueblo. Téngase preente
 »que yo soy el gran tribuno; solo así hará siempre
 »el pueblo lo que cumpla á sus verdaderos inte-
 »reses, blanco de todos mis afanes.»

De resultas de esta fatal esperiencia de los hom-
 bres de quienes estaba rodeado, se encargó Napo-
 leon por sí solo de contestar á los plenipotencia-

rios de Chatillon. Ya habia mandado á Mr. de Cau-
 laincourt que usara de todos los medios para ali-
 mentar la negociacion é impedir su ruptura, sin
 acceder á las bases propuestas de ningun modo.
 Siempre se trataba del contraproyecto exigido den-
 tro de un plazo fatal; contraproyecto que repug-
 naba á Napoleon presentar, aunque no se negara
 absolutamente á ello. Esta vez renovó sus instruc-
 ciones en términos tan prudentes como honrosos.—
 Preguntad, escribió á Mr. de Caulaincourt, si los
 propuestos preliminares, á que se exige que pre-
 senteis un contraproyecto, son la última palabra
 de los aliados. Si es así, rompedeis al punto, su-
 ceda lo que sucediere, y diremos á Francia á lo
 que se ha querido someternos. Si, por el contrario,
 como es probable, se os responde que no es la úl-
 tima palabra, replicareis que, refiriéndonos de
 continuo á las bases de Francfort, tampoco nosotros
 hemos dicho nuestra última palabra; pero que no
 se puede exigir que ofrezcamos por nosotros mis-
 mos en un contraproyecto los sacrificios que se
 pretende arrancarnos. Porque *si el objeto es calen-
 tarnos las espaldas al menos que no se nos obligue á
 calentárnoslas nosotros mismos.*

Napoleon queria que, estableciendo Mr. de Cau-
 laincourt una discusion detallada, se pudiera ase-
 gurar por sí propio de lo que habia que sacrificar
 necesariamente y de lo que se podia defender to-
 davía, pues el inconveniente de un contraproyecto
 estribaba en la ignorancia en que nos hallábamos
 de las intenciones definitivas de los aliados sobre
 cada punto, lo cual nos llevaria acaso á ceder lo
 que aun pudiera ser conservado. De consiguiente,
 autorizó á Mr. de Caulaincourt para abandonar an-

te todo el Brabante holandés, es decir, la parte de Holanda que el año 1810 había quitado á su hermano Luis. Concesion muy débil sin duda, pues la frontera trasladada del Wahal al Mosa, siempre era lo que se llamaba frontera natural, ó *bases de Francfort*, y nos mantenía dueños del Escalda y de Amberes. Además autorizó Napoleon á su plenipotenciario para renunciar á las diversas porciones de territorio, que poseíamos á la orilla derecha del Rhin como anejas á la orilla izquierda, tales como Wessel, Cassel y Kehl. Así, al conservar la orilla izquierda, abandonábamos los puentes que nos aseguraban el paso á la orilla derecha. También consintió Napoleon en demoler las obras de Maguncia, y en hacer de esta plaza una simple ciudad de comercio. Se resignó á ceder todas las posesiones de Francia mas allá de los Alpes, y todos los estados de sus hermanos así en Alemania como en Italia, sin pedir otra compensacion que una dotacion para el príncipe Eugenio. Ya de muy atrás estaba hecho el sacrificio de España; lo renovó Napoleon formalmente, y acerca de nuestras colonias autorizó á Mr. de Caulaincourt para declarar que restituirmos algunas factorías de la India (las que aun poseemos al presente) sin las islas de Francia y de la Reunion, restituirmos la Guadalupe sin los Santos, la Martinica sin nuestras demás Antillas, era tan poco que renunciaba á ellas por posesiones continentales. Sobre esto debía manifestar que Francia preferiria el comercio libre con las colonias de todas las naciones, ya independientes ó próximas á serlo, á algunas posesiones en el Nuevo Mundo tan miserables como de difícil defensa. Si Mr. de Caulaincourt no podia obtener una discus-

sion acerca de cada punto, se limitaria á entregar un contraproyecto sobre estas bases y á aguardar la respuesta cualquiera que fuese.

Estas instrucciones, ya enviadas desde Craonne, y renovadas desde Reims con alguna mas amplitud, aunque sin traspasar las bases indicadas, no eran otra cosa que la reproduccion de las de Francfort, y así no podian alargar la negociacion mas que algunos dias. Al recibirlas Mr. de Caulaincourt sintióse muy afligido, porque si amaba á su país como buen ciudadano, también amaba á la dinastía, y quisiera salvarla, aun cuando costase á Napoleon algo de gloria personal, lo cual miraba como un castigo inevitable y merecido de sus faltas. Pero, ligado por órdenes absolutas, habiendo apurado todos los pretextos para dilatar algunos dias el término fatal del 10 de marzo, se vió al fin obligado á explicarse. Lo hizo de consiguiente; pero cuando, por medio de una nota razonada, que trató de leer á los plenipotenciarios, quiso entrar en la discusion de los preliminares presentados el 17 de febrero, y demostrar que eran la violacion de un compromiso positivo, puesto que las bases de Francfort formalmente propuestas habían sido aceptadas de igual modo; que las fronteras á que se queria reducir á Francia, le quitaban el poder relativo que debía conservar en interés del equilibrio europeo; que la posesion de la orilla izquierda del Rhin no era para ella mas que una compensacion apenas suficiente para igualar el repartimiento de Polonia, la secularizacion de los estados eclesiásticos, la destruccion de la república de Venecia, las recientes adquisiciones de los ingleses en la India; cuando quiso entrar, repetimos,

en la exposicion de estas consideraciones, se alzó un grito unánime de los siete ú ocho plenipotenciarios presentes, quienes amenazaron con levantar la sesion y no oír mas si el plenipotenciario francés proseguia desarrollando tésis semejantes. Un contraproyecto y no una crítica era, á su decir, lo que debia presentar el duque de Vicenza; un contraproyecto era lo pedido, lo que se esperaba de un mes atrás con paciencia, lo que tenian encargo de exigir con orden de partir si no se conseguia. A pesar de todo, Mr. de Caulaincourt, procuró calmarlos y hacerles aceptar su nota. No lo alcanzó sino despues de sufrir las recriminaciones mas acerbas, y prometiendo entregar un contraproyecto, y entregarlo antes de veinte y cuatro horas.

Con efecto, el dia 15 entregó Mr. de Caulaincourt su contraproyecto á tenor de las bases ya expresadas. Despues de la enumeracion de los sacrificios á que estábamos dispuestos á resignarnos, calculada de manera de hacer que resaltaran todas nuestras concesiones, tales, por ejemplo, como el abandono de Westfalia, de Holanda, de Iliria, de Italia, de España, se decia en el documento presentado que Francia consentia en que se diera la Holanda á un príncipe de la casa de Orange con aumento de territorio (este aumento no era otro que el del Brabante holandés); en que Alemania se constituyera segun habian expuesto los plenipotenciarios, esto es, *de una manera independiente y bajo un vinculo federativo*; en que Italia fuera independiente de igual modo; en que Austria tuviera allí posesiones, á las par que Francia retrocediera á los Alpes, si bien á condicion de que con-

servaran una dotacion el príncipe Eugenio y la princesa Elisa; por último, en que el papa regresara á Roma y Fernando VII á Madrid. Tambien admitia Francia que Inglaterra conservase la isla de Malta, y la mayor parte de sus adquisiciones. Pero esta enumeracion puntual de las concesiones hechas por Francia implicaba naturalmente que por su parte entendia conservar el Rhin y los Alpes, esto es, Amberes, Colonia, Maguncia, Chambery, Niza, puesto que nada declaraba acerca de su abandono.

Ahora no fué interrumpido Mr. de Caulaincourt por los plenipotenciarios, porque habia llenado la condicion de presentar un contraproyecto, y fué escuchado con silencio frio, aunque sin asombro. Apenas terminada la lectura del documento, se levantaron los plenipotenciarios, y despues de hacer constar la entrega de nuestro contraproyecto y de anunciar que lo iban á remitir al cuartel general de los soberanos, declararon que se podia considerar la negociacion como definitivamente rota, y que dentro de cuarenta y ocho horas abandonarían á Chatillon. Los ingleses, y con especialidad lord Aberdeen, que siempre habian observado las conveniencias en las formas, repitieron á Mr. de Caulaincourt que sentian mucho que no se hubiera celebrado la paz bajo las condiciones enunciadas por ellos; pues así se atajara la efusion de sangre, que iba á ser ya sin término definido; y que bajo las tales condiciones se hubiera tratado con Napoleon de buena fé, hasta reconociéndole como emperador, lo cual nunca habia hecho Inglaterra. Estas declaraciones, con el sello de una sinceridad notoria, desconsolaron á Mr. de Cau-

laincourt, que, no habiendo podido salvar la grandeza del imperio, al menos hubiera querido salvar el imperio mismo. Este ciudadano eminente, que habia representado á Francia despues de Jena y de Friedland, viéndose colmado entonces de las caricias de la trémula Europa, en su dolor, que no sabia ocultar, era un ejemplo asombroso de las vicisitudes de la fortuna, ejemplo que no debieron contemplar los plenipotenciarios sin temor muy vivo. Pero los diplomáticos no son mas filósofos que los demás hombres, y tambien á ellos les embaraza lo presente, olvidandose de lo pasado y sin hacer cuenta de lo porvenir.

Remitido el contraproyecto el 15, lo mas tarde debia recibir respuesta á los dos dias, esto es, el 17, y el congreso se habia de disolver el 18. Asi se lo envió á decir Mr. de Caulaincourt á Napoleon á Reims.

Lo preveia el emperador y ya habia tomado su partido. Llegado á Reims el 13 por la noche, resolvió pasar allí el 14, el 15, el 16, y aun quizá el 17, para dar descanso á sus tropas, refundir unos en otros ciertos cuerpos organizados en París harto de prisa, y examinar bien la marcha de los aliados antes de fijar por completo la suya. A pesar de que su segundo movimiento contra el ejército de Silesia no se habia logrado como el primero, á pesar de haber defraudado sus esperanzas la pérdida de Soissons, y el resultado de las batallas de Craonne y de Laon, con todo, Blucher habia sido muy maltratado, y aunque el príncipe de Schwarzenberg habia vuelto del Aube al Sena, no habia pasado de Nogent por no atreverse. Al parecer, este príncipe, antes de dar un paso aguardaba á que

Napoleon revelase mejor sus designios. Por fin, el combate de Reims, débil indemnizacion de crueles desengaños, habia producido asi y todo en el ánimo de los aliados una impresion fuerte. Por tanto, Napoleon no se daba por vencido de ningun modo y siempre esperaba un falso movimiento de sus enemigos para caerles encima con la celeridad del rayo.

Aun seguia pareciéndole preferente el plan de acercarse á sus plazas para recoger sus guarniciones, y para situarse sobre las comunicaciones de los generales enemigos. Muy animado se hallaba á seguir este plan de resultas de la llegada á Reims del general Janssens con cinco ó seis mil hombres sacados de las plazas de los Ardennes, los cuales, reunidos en cuerpo muy compacto, habian cruzado felizmente las provincias invadidas. Ya, segun se ha visto, habia mandado Napoleon al general Maisons allegar de Lila, de Valenciennes, de Mons, y, en fin, de las plazas de Bélgica, todas las tropas que no fueran indispensables para guardar sus murallas durante algunos dias, y formar con ellas un pequeño ejército para incorporarlas á las que vinieran de Amberes. A Carnot, que siempre tenia en jaque á los ingleses dentro de esta plaza, le habia prescripto que no conservara dentro mas que la gente de marina, los batallones recién organizados, y que enviara los mejores al general Maisons en número de seis mil hombres. Tambien habia ordenado al general Merle que saliera de Maestrich y de las plazas del Mosa, á los generales Durrute y Morand que salieran de Metz y de Maguncia, cuyas órdenes ya habian llegado y se estaban ejecutando, y asi contaba sacar de las plazas desde Amberes hasta Maguncia muy cerca de cincuenta

mil hombres. No tenia necesidad de ir hasta Metz ó Maguncia para recoger estos diversos destacamentos; un simple movimiento sobre el alto Marne por Chalons, Vitry, Joinville, movimiento que no le alejaria mucho de su círculo de operaciones, le permitiria allegar este refuerzo, que, unido á las tropas con que estaba entre el Sena y el Marne, haria subir su ejército á ciento veinte mil hombres, y además se colocaria á espaldas de sus enemigos; medio el mas seguro de alejarlos de París. Sin embargo, á esta gran concepcion se podian hacer dos objeciones; la falta de obras de defensa en torno de París y la situacion moral de esta vasta ciudad. Segun hemos dicho, por no alarmar á la poblacion habia diferido Napoleon hasta última hora construir las obras precisas. Alrededor de la capital de Francia, donde se elevan hoy once ó doce leguas de murallas y diez y seis ciudadelas, no habia ni aun reductos de tierra. Algunas baterías con empalizadas delante de las puertas eran los únicos trabajos que se habian llevado á remate. Su guarnicion la componian doce mil hombres de guardias nacionales, elegidos entre los ciudadanos mas pacíficos y de accion menos eficaz, y quince ó veinte mil hombres y á la par una artillería numerosa. No obstante, bastaran de seguro con un gefe enérgico, para apartar de alli al enemigo durante algunos dias, especialmente si hubiera fusiles que repartir al pueblo de los arrabales. Pero el estado moral de la capital aun era el mayor obstáculo para la defensa. Dividida la poblacion entre la aversion al extranjero y la aversion á un despotismo, que, tras veinte años de victorias, traia á la Europa armada bajo sus muros, se hallaba propensa á

entregarse al primer ocupante; y un partido de descontentos hábiles se podia convertir en instrumento activo de una revolucion ya operada en los ánimos, tan luego como asomara el enemigo. Para el imperio era esta una debilidad inmensa, mas peligrosa aun que la que resultaba de nuestro estado militar casi destruido. De ser príncipe legítimo, esto es, vástago de una antigua dinastía, ó príncipe prudente en quien el país siguiera teniendo confianza, Napoleon hubiera podido ver dentro de París al enemigo, como lo habia visto dentro de Berlin Federico el Grande, sin sufrir un enorme descalabro. Por el contrario, para el emperador, la entrada del extranjero en la capital, facilitada por la falta de obras defensivas, era no un revés militar, sino la ocasion casi segura de una revolucion.

Graves objeciones eran estas sin duda contra todo plan que consistiera en alejarse de París; mas habiendo venido á ser casi impracticable el sistema de batirse alternativamente con Blücher y Schwarzenberg en el ángulo formado por el Sena y el Marne, lo primero, porque estaba previsto de sobra, lo segundo, porque, hallándose Napoleon arrinconado junto al seno del ángulo, al aproximarse las dos masas enemigas no iban á formar ya mas que una, se necesitaba cambiar absolutamente de táctica, y no habia otra mejor que la que, engrosándole con cincuenta mil hombres, le situaba á espaldas del enemigo. No siendo Napoleon dueño de elegir ahora, procuraba persuadirse de que el peligro político no era grande; de que no habria atrevimiento para sacudir el yugo de su autoridad, y además de que, teniendo á la cabeza á sus hermanos, se sabrian defender los parisienses.

A la sazón no se figuraba, por no haberlo experimentado, lo que vienen á ser la fluctuación y la debilidad de las voluntades, cuando un gobierno está moralmente caído y los espíritus le dejan solo. De consiguiente, ora por necesidad, ora por un residuo de ilusión, adoptó el plan, tan profundamente concebido bajo el aspecto militar, de marchar sobre las plazas, para cuyo logro se requería solo que París se sostuviera cinco ó seis días.

Con todo, antes de emprender tan audaz maniobra, Napoleón quiso dar un poco de descanso á sus tropas, dictar algunas disposiciones urgentes, y ver si podría caer una vez más, primero de alejarse, á espaldas de uno de los dos ejércitos invasores, por ejemplo, del de Bohemia, que, habiendo tomado posición en Nogent, se le presentaba ya de flanco. A esto dedicó los cuatro días pasados en Reims del 14 al 17 de marzo. Dentro de Soissons había dejado al general Charpentier con algunos restos suficientes para defender la plaza; con fundirlas en una, reorganizó las cuatro divisiones de Joven Guardia, que formaban los cuerpos de Ney y de Victor; de París pidió que se le enviaran á las órdenes de Lefebvre-Desnoettes como unos tres ó cuatro mil hombres de infantería de Joven Guardia, dos mil ginetes montados del mismo cuerpo, las débiles reliquias de las tropas polacas, una nueva división de reserva formada con los guardias nacionales que se hacían ingresar en los depósitos de línea, y un numeroso parque de artillería. Esta incorporación le debía proporcionar alrededor de doce mil hombres. Ya había recibido cerca de seis mil de las plazas de los Ardennes mandados por el general Janssens, y con estos dis-

tintos refuerzos le era posible elevar su ejército á sesenta mil soldados. Si se agregaban los cuerpos de Oudinot, de Macdonald, de Gerard, debía juntar cerca de ochenta y cinco mil combatientes, y ciento treinta y cinco mil si lograba todos los resultados que se prometía de su marcha hacia las plazas.

Pareciéndole ya suficiente el descanso concedido á sus tropas, y terminadas ya sus disposiciones, resolvió partir de Reims el 17 por la mañana en dirección de Epernay, para mejor calcular lo que convenía hacer en las circunstancias actuales. Doblemente alarmado estaba París de resultados de la nueva aproximación del príncipe de Schwarzenberg, que había enviado hasta Provins sus vanguardias, y por los accidentes sobrevenidos al ejército de España entre Bayona y Burdeos. Situado Napoleón en Epernay á orillas del Marne, vería si era preferible lanzarse á espaldas del príncipe de Schwarzenberg de seguida, para detener su marcha sobre la capital, ó persistir en el proyecto de encaminarse á las plazas. Desde la víspera estaban concebidas sus disposiciones con esta doble mira, pues al dirigir á Epernay la masa de sus fuerzas, también envió á Ney á Chalons con la infantería de la Joven Guardia. Si al cabo determinaba ir sobre las plazas, no tenía más que enviar sus cuerpos hacia Chalons detrás de Ney, ó replegarlos por el contrario hacia Fère-Champenoise, si se quería lanzar sobre el príncipe de Schwarzenberg. Para concurrir á este punto Ney, despachado ya por delante, lo mismo tendría que andar desde Chalons que desde Epernay.

A esta población llegó Napoleón el mismo día